



Un hombre y una mujer se cruzan en la soledad amenazante, aunque tremendamente colorista, del Túnel de Las Delicias. / R. ABELLA



EL SÉPTIMO DÍA
 por Rubén Abella

Dame las pelias, chaval

A lo largo de mi vida he estado en bastantes sitios peligrosos. No porque yo lo buscara —no me llevo bien con el riesgo—, sino por mala suerte y, en ocasiones, por pura inconsciencia. Una vez, en Ghana, el autobús en que viajaba tuvo que desviarse de pronto para no darse de lleno con una revuelta tribal que había estallado en el centro de una ciudad llamada Kumasi. Pasamos más de dos horas detenidos en un aparcamiento vallado, rodeados de soldados, aterrizados por el olor a pólvora, los gritos y el fragor de las balas. Una sofocante noche de julio, en Nueva York, crucé a pie Central Park porque me dio pereza dar un rodeo. En Antigua, Guatemala, me sorprendí a mí mismo —soy muy mal escalador— queriendo subir al volcán Fuego. Gracias a Dios, la niebla me impidió llegar a

la cima: según me explicó más tarde el atónito dueño del hostel Colonial, llevaba meses tomada por la guerrilla. En mil novecientos noventa y siete, en Chicago, recorrí los conflictivos suburbios que hay al sur de la avenida Michigan para hacer un reportaje fotográfico que, pese a mis esfuerzos, nunca vio la luz. Y es curioso porque, que yo recuerde, sólo me han atracado una vez y no fue ni en éstos ni en ninguno de los otros sitios peligrosos en los que he estado, sino en Valladolid. Más concretamente, en el parque de Las Moreras. Si te van a robar, me dijo alguien una vez, mejor que te roben en casa.

Era mi duodécimo cumpleaños. Mis amigos y yo estábamos sentados en uno de los desniveles de césped que rodean la Rosaleda —el que da a ese circuito para bicicletas

que ya nadie usa—, matando el tiempo antes de ir a merendar a la hamburguesería Drotos, en la calle Veinte de Febrero. Hacía bueno. Ante nosotros paseaban parejas cogidas de la mano, ancianos con bastón, familias. Más allá, en el circuito, había padres empujando los triciclos de sus hijos. Cada poco levantaban la vista y reñían a los ciclistas que corrían demasiado. De pronto, sin que nos diéramos cuenta, nos vimos rodeados por un grupo de muchachos con muy mala pinta. Eran mayores que nosotros. Dos años, puede que tres. Todos iban en playeras. Keds azules, con la puntera blanca encostrada de mugre. Llevaban greñas, cadenas de oro, vaqueros acampanados y camisas de manga corta abiertas hasta el estómago. Uno de ellos, el más grande y sin duda el cabecilla, tenía una barra de hierro. Se daba con ella golpecitos en la palma de la mano, como hacen los policías con la porra en las películas.

—Vaya peluco —le dijo a uno de mis amigos.

Era un Citizen plateado del que mi amigo estaba muy orgulloso. El cabecilla tiró de su antebrazo para poder verlo de cerca.

—Ya me lo estás dando —dijo.

Mi amigo se resistió. El cabecilla le golpeó con la barra en el costado —no muy fuerte, era más bien una advertencia— y le obligó a quitárselo. Luego, mientras se lo ponía

él, alentado por las risas de sus compinches, nos pidió el dinero. Mis amigos sólo tenían algunas monedas sueltas, pero yo llevaba en el bolsillo los dos billetes —uno de quinientas pesetas y otro de cien— que mis padres me habían dado esa tarde para pagar el convite. Una pequeña fortuna. A pocos

Si te van a robar,
 me dijo alguien
 una vez, mejor que
 te roben en casa

—Dame las pelias,
 chaval, —me dijo
 con impaciencia.
 No me moví

metros de distancia, bajo el benéfico sol de verano, la gente pasaba sin darse cuenta de lo que ocurría.

—Dame las pelias, chaval —me dijo el cabecilla con impaciencia.

No me moví. Me gusta pensar que por amor propio, pero no me engaño. Sé que en mi quietud lo

que había era, sobre todo, miedo. Se me encogió el estómago. El cuerpo se me endureció a la espera del golpe. Pero no pasó nada. En silencio, con movimientos lentos y deliberados, el cabecilla le pasó la barra a uno de sus compinches, sacó una navaja, la abrió, se agachó y se puso a escarbar con ella en la hierba.

—Como no me des las pelias, te rajo —dijo entre dientes.

Se marcharon esquivando a los paseantes. Riendo. Contando el dinero mientras se daban unos a otros codazos de broma.

Ahí se terminó el cumpleaños. Estábamos tan alterados, que se nos quitaron las ganas de estar en la calle y al cabo de unos minutos nos despedimos y nos fuimos cada uno a su casa. En la mía no había nadie. Entré en el cuarto de baño y me lavé con fuerza las manos y la cara. En vano. Después de secarme, me pareció que seguía estando sucio. Sucio por dentro, como si me hubiera caído una mancha de tinta en las entrañas. Luego fui al cuarto de estar, encendí la televisión, me senté en el sofá y permanecí un largo rato mirando la pantalla sin ver nada, sumido en una consternación terca e impasible. Hasta que oí el ruido de las llaves en la cerradura. Entonces me levanté de un salto y, mientras corría por el pasillo hacia la puerta, sentí cómo los ojos se me llenaban de lágrimas.

GRATIS
AL BALONCESTO
CON **EL MUNDO.es**

BLANCOS DE RUEDA

Domingo, 25.
Pol. Pisuerga,
a las 12,30 h.

LAGUN ARO GBC

NOMBRE _____

APELLIDOS _____

DIRECCION _____

D.N.I. _____ TELEFONO _____

EL MUNDO DE VALLADOLID sortea 30 entradas, 2 por cupón, para el partido BLANCOS DE RUEDA - LAGUN ARO GBC. Entrega este cupón, totalmente cumplimentado, en las oficinas de EL MUNDO DE VALLADOLID, Av. de Burgos, 33 - C.P. 47009 Valladolid, antes del jueves 22 de abril, a las 13,00 horas. Los resultados se harán públicos en el periódico del viernes, día 23.